



## EL CORTANTE DE CADIZ.

*Nueva y curiosa relacion de la mas prodigiosa historia que han oído los mortales, en que se declara la feliz fortuna que tuvo un hijo de un cortante de la ciudad de Cádiz, llevándose un mercader á las Indias: dáse cuenta como volvió á España, y se casó con la hija del mercader, que fue causa de su infortunio, siéndolo tambien de su dicha y prosperidad; como mas largamente verá el curioso lector.*

### PRIMERA PARTE.

O gran Dios de la verdad,  
criador de tierra y cielo,  
Dios amoroso y justo,  
Dios piadoso y Rey excelso!  
Son tus secretos, Señor,  
tan altos y tan supremos,  
que aun vuestra querida Madre

jamás pudo comprenderlos,  
pues vos sois solo el que sabe,  
con un saber tan inmenso,  
fin y principio de todo,  
comprendiendo todos tiempos,  
como lo afirma esta historia  
que podrá servir de ejemplo,

la cual sucedió á un cortante,  
y es como aqui la refiero.

En la gran ciudad de Cádiz,  
de España famoso puerto,  
habitaba un mercader  
de mucha hacienda y dinero,  
lado por lado de casa  
de un cortante, y en efecto,  
como los dos eran ricos,  
se guardaban el respeto,  
atentos y cortesanos.

Mas se lo tenia á menos  
la muger del mercader;  
y un dia estando comiendo,  
esta dijo á su marido:  
quisiera, querido dueño,  
de que vuestra voluntad  
viniera bien con mi intento,  
y fuera cuerda eleccion  
lo que ahora es solo consejo.  
Y es, que veais si el cortante  
quiere la casa vendernos,  
visitándole á este fin.

Y él respondió: no lo creo,  
porque es rico y poderoso;  
mas yo lo veré bien presto.  
Al otro siguiente dia  
pasó el mercader atento  
á la casa del cortante:  
le recibieron contentos,  
propuso su peticion,  
despues de muchos rodeos  
que buscó para entablarla.  
Pero con términos buenos  
el cortante le responde:  
yo quisiera que eso mismo  
usted lo hiciera conmigo,  
pues necesito por cierto  
de haber de ensanchar la casa  
por la familia que tengo,

que va á mas cada dia;  
y si quiere, pida precio,  
no repare por doblones,  
que cantidad tengo de ellos.  
Quedó el mercader corrido,  
y apenas se despidieron  
se fue sentido á su casa;  
salió su esposa corriendo  
á saber de lo tratado,  
por ver qué habia de nuevo.  
Dióle á su esposa la nueva,  
y viendo que no hay remedio,  
dejaron su pretension,  
aunque siempre allá en su pecho,  
formando de aquesto agravio,  
el sentimiento tuvieron,  
que les movió á la venganza,  
como adelante veremos.  
Las dos mugeres en cinta  
se hallaban en este tiempo,  
y cuando llegó la hora,  
al mercader le dió el cielo  
una niña, y al cortante  
un niño agraciado y bello.  
Pasáronse algunos meses,  
criándolos con esmero,  
y el mercader dos esclavos  
tenia, y con el pretexto  
de pasear á la niña,  
por diversion y recreo,  
en la casa del cortante  
era el entretenimiento.  
Alli jugando la niña  
con el niño, tal afecto  
y tanta benevolencia  
llegó á reinar entre ellos,  
que en estando divididos,  
lloraba el niño, y gimiendo  
estaba la niña en casa.  
Y su madre viendo esto,

R. 22.087

ya con alguna sospecha,  
 les dijo: pues cómo es esto,  
 ¿dónde llevais á la niña  
 que aqui no calla un momento,  
 y cuando salís de casa  
 parece ve el cielo abierto?  
 Respondieron los esclavos:  
 señora, nuestro paseo  
 es solo en casa del cortante,  
 donde hay un niño pequeño,  
 con quien la niña se alegra  
 entretenida con juegos.  
 Aqui vino á reventar  
 la cólera que en su pecho  
 tenia reconcentrada,  
 y así con dañado intento,  
 llamando aparte á un esclavo,  
 le dijo: sabrás que quiero,  
 Mostafá, que te libertes,  
 y tambien tu compañero,  
 como ejecuteis un lance,  
 pero ha de ser con secreto.  
 Y es, que saqueis esta tarde  
 y echeis al profundo seno  
 del mar, del cortante el niño;  
 y si lo haceis os prometo  
 ponerlos dentro de Argel  
 á costa de mi dinero;  
 y advertid que importa mucho.  
 Los esclavos que esto oyeron,  
 por lograr la libertad,  
 á casa del cortante fueron,  
 como otras veces solian,  
 y así que ocasion tuvieron,  
 al tierno niño sacaron  
 á orillas del mar soberbio,  
 y al arrojarle á las aguas  
 los dos se compadecieron:  
 dejáronle á las orillas  
 sin matarle, y se volvieron

á la ciudad al instante.  
 Las puertas cerraron presto  
 de la bahía, y el niño  
 quedó en la arena durmiendo.  
 Al cabo de poco rato,  
 despertando ya del sueño,  
 comenzó á llorar el niño,  
 y un mercader á este tiempo  
 de las Indias, que esperaba  
 tener favorable el viento  
 para marchar á su patria,  
 y oyó los tiernos lamentos,  
 mandó sacasen la lancha  
 para ver lo que era aquello.  
 Vieron el hermoso niño,  
 piadosos lo recojieron  
 y al navío lo llevaron,  
 donde el mercader atento  
 lo recibió, y con cariño  
 en sus brazos se lo ha puesto,  
 diciéndole con ternura:  
 ¿de quién serás, niño bello?  
 ¿qué corazon tan ingrato,  
 tan impío y tan protervo  
 aqui ha podido dejarte  
 á mil desdichas expuesto?  
 A las dos de la mañana  
 tuvo favorable el viento;  
 tiró una pieza de leva,  
 y así el navío moviendo,  
 se llevaron al infante  
 con alegría y contento.  
 ¡Quién llegará á contemplar  
 el dolor y sentimiento,  
 la angustia, pena y fatiga  
 que aquella noche tuvieron  
 los padres del angelito,  
 sin saber si es vivo ó muerto!  
 Siguiéron pues su viaje,  
 y al niño lo mantuvieron,

hasta llegar á las Indias,  
dándole vizcocho y huevos.  
Apenas llegó á su casa  
el mercader, le salieron  
á recibir sus amigos,  
y tambien todos sus deudos,  
y á su esposa le entregó  
el hermoso niño tierno,  
dándole cuenta de todo  
el referido suceso.

Y por si no era cristiano,  
luego al instante le dieron  
el bautismo de la Iglesia,  
y por nombre le pusieron  
Pepe, y se llamaba Pepe;  
de Dios ¡ó raro secreto!

Con cariño lo criaron,  
cual si fuera hijo, y viendo  
su buena disposicion,  
cuando fue en edad creciendo,  
lo inclinaron al estudio,  
y aprovechó en breve tiempo,  
siendo cortés y bizarro,  
y aplaudido en todo el pueblo.

Llegó á tener veinte años,  
y al mercader á este tiempo  
ofreciósele un viaje,  
y á Pepe le dijo esto:  
hijo, cuida de mi casa,  
pues de ella te quedas dueño;  
cuida tambien de tu madre,  
y á tu hermano te encomiendo,  
que esté bien adoctrinado;  
dale buenos documentos,  
que yo me voy á un viaje,  
no sé cuando volveremos.

Despidiéronse llorando,  
hizo salva, y se partieron.  
El mozo se quedó en casa,  
y estando un dia leyendo,

el hermano putativo,  
le respondió muy soberbio  
con palabras descompuestas;  
y viendo su atrevimiento,  
porque miedo le tuviera,  
y le guardase respeto,  
alzó la mano y le dió  
un bofeton, porque atento  
y no osado se criase:  
y él entonces fue corriendo  
á contárselo á su madre,  
que estaba en otro aposento.  
Díjole como su hermano  
le maltrató, y sin acuerdo;  
al ver llorar á su hijo,  
hecha una víbora ardiendo,  
salió, y á pocas palabras,  
falta ya de sufrimiento,  
le dijo que era un bastardo.  
Y él con grande sentimiento  
de ver que así le trataban,  
tanto discurrió sobre ello,  
que no comia de triste,  
ni dormia con sosiego,  
ni trataba á sus amigos,  
ni se salia á paseo,  
siempre metido en su cuarto,  
varios discursos haciendo,  
hasta poder penetrar  
cómo fue su nacimiento.  
Y hasta que vino su padre  
de nadie pudo saberlo;  
como en la segunda parte  
referiré por extenso,  
y como volvió á su patria;  
los lances que acaecieron  
en el viaje hasta España,  
y su buen recibimiento,  
hasta casar con la niña  
que ya referida dejo.

## SEGUNDA PARTE.

Ya dije como salió  
 aquel mercader de fama  
 de las Indias á un viaje:  
 con salud volvió á su patria,  
 y á recibirle salieron,  
 antes que desembarcara,  
 los deudos y los amigos,  
 y tambien su esposa amada.  
 Se cortejaron alegres,  
 y el mercader preguntaba  
 por su hijo Pepe á su esposa,  
 diciendo, qué era la causa  
 que no salió á recibirle;  
 y ella dijo estas palabras:  
 has de saber, dulce esposo,  
 que al hijo de mis entrañas,  
 por la leccion, le dió Pepe  
 un bofetón, y enojada  
 le dije que era un bastardo,  
 y que se fuera de mi casa;  
 y desde entonces acá  
 no hay quien le vea la cara.  
 Caltó el mercader atento  
 oyendo aquesta embajada:  
 se fue á su casa al instante,  
 y así por ella se entraba,  
 le echó los brazos al cuello,  
 diciendo: Pepe del alma,  
 qué tienes? quién te ha injuriado?  
 El la mano le besaba,  
 y le dijo: padre mio,  
 me alegro de ver que en casa  
 esté ya vuesa merced;  
 mas quisiera que me hallára

difunto sobre la tierra.  
 No porque me falta nada  
 en vuestra casa, señor;  
 mas me dijo una palabra  
 mi madre, y esta la tengo  
 en mi corazón grabada.  
 Y así le suplico y ruego  
 por la Virgen soberana,  
 me diga quién es mi madre,  
 porque esta que me criaba,  
 veo que no es, ni ha sido,  
 pues bastardo me llamaba.  
 Oyendo el mercader esto,  
 un papel escrito saca,  
 tambien sacó los pañales  
 que en un cofre los guardaba,  
 diciéndole: siendo niño,  
 dentro en Cádiz te empañaban  
 con estos mismos pañales;  
 y aquestas letras declaran  
 de dónde sois, y en qué forma  
 habeis venido á mi casa.  
 Leyó el papel, y en él vido  
 como era hijo de España,  
 de la gran ciudad de Cádiz,  
 y causa por qué se hallaba  
 en las Indias orientales;  
 y así de gozo lloraba,  
 y al que tenia por padre  
 de aquesta suerte le hablaba:  
 señor, pues vos me criasteis  
 como hijo, y yo os llamaba  
 padre, mas ya reconozco  
 que no lo sois, y esto basta:

y así la licencia os pido  
 para partirme á mi patria.  
 Como si fuera su hijo,  
 un navío le cargaba  
 de mercancías, y gente  
 que fueran en su compañía.  
 Dióle una cadena de oro  
 para que de él se acordára,  
 con otras joyas de precio;  
 tambien le entregó una carta  
 para un mercader de Cádiz.  
 Le dijo, que si no hallaba  
 padre ó madre, se volviese  
 á las Indias sin tardanza.  
 Y él le dijo: padre amado,  
 por la Trinidad sagrada  
 le ruego que me perdone;  
 y arrodillado á sus plantas  
 le besó humilde la mano;  
 de todo dándole gracias.  
 Hechos sus ojos dos raudales,  
 por despedida le abraza,  
 diciendo: el cielo te guarde;  
 adiós, Pepe de mi alma.  
 Engolfóse mar adentro,  
 caminando con bonanza;  
 pero tuvieron un susto,  
 que un domingo de mañana  
 se vieron cuatro navíos  
 de moros que á corso andaban,  
 y apresaron el navío,  
 sin que defensa bastára.  
 El capitán de los moros,  
 que los cuatro gobernaba,  
 le dijo: dime, cristiano,  
 á dónde iba tu jornada?  
 Y el cristiano le responde:  
 para las costas de España  
 era, señor, el viaje.  
 De quién es riqueza tanta?

Mia, gran señor, le dice;  
 y el suceso le contaba;  
 y por mas satisfacerle,  
 los papeles le mostraba  
 en prueba de la verdad.  
 El moro que atento estaba,  
 tomó el papel en las manos,  
 vueltos sus ojos en agua  
 al mirar aquellas líneas,  
 mil parabienes le daba,  
 abrazándole gozoso,  
 y diciendo estas palabras:  
 yo conocí á vuestro padre,  
 y á la madre muy amada;  
 por tí se ve mi persona  
 en el triunfo en que se halla;  
 y así no te dé cuidado,  
 ni tengas temor de nada,  
 que yo te acompañaré  
 á esa ciudad afamada  
 de Cádiz, donde naciste,  
 que es justo que satisfaga  
 las dichas que por tí alcanzo.  
 Entonces pues le contaba  
 todo el caso por extenso;  
 y haciéndole retaguardia  
 hasta la ciudad de Cádiz  
 le comboyó con su escuadra.  
 Despidiéronse los moros  
 haciéndole grande salva.  
 Llegaron al puerto alegres,  
 y una bandera levantan,  
 disparando algunas piezas,  
 y la novedad llamaba  
 á todos los mercaderes,  
 discurriendo que llegaba  
 el mercader de las Indias,  
 que aguardándole ya estaban.  
 Salieron á recibirle,  
 y luego entregó la carta

al mismo para quien era;  
 y leída, les declara  
 que era este el hijo propio  
 del mercader que aguardaban,  
 y mercancías traían,  
 pues su padre le enviaba;  
 dándole la enhorabuena  
 todos se congratulaban.  
 Habiendo saltado en tierra,  
 á pocos dias que estaba,  
 donde vivia el cortante  
 procuró saber con maña;  
 y yendo con sus criados  
 con dinero, les mandaba  
 que en aquella casa entrasen,  
 y que allí se lo dejaran.  
 Salió corriendo su padre;  
 sin saber con quien hablaba,  
 le dijo: señor, quisiera  
 de que su merced sacara  
 el dinero, que no gusto  
 tener ni guardar en casa  
 y moneda alguna de nadie,  
 y menos sin saber cuanta  
 me entrega, ¿cómo podré  
 otra vez al entregarla  
 dar una cabal salida?  
 El le dijo que callara  
 y en su casa la tuviese,  
 que mas bien guardada estaba  
 que si él mismo la guardase.  
 Por aquí siguió la entrada  
 en la casa de su padre,  
 y ya todos censuraban  
 en saraos y banquetes,  
 que en casa el cortante entraba  
 el mercader de las Indias,  
 mas no sabian la causa.  
 Temieron que pretendiera  
 el mercader á una hermana

suya, é hija del cortante,  
 que era en extremo bizarra.  
 Dábanle mil documentos,  
 y el mercader que fue causa  
 de su variable fortuna,  
 un dia con mesa franca  
 le convidó, y aceptando,  
 con espléndida abundancia  
 les sirvieron á la mesa  
 mil primores de viandas.  
 Y sobre mesa le dijo  
 con alhagüeñas palabras:  
 me admiro mucho, señor,  
 que su aficion puesto haya,  
 y tan firme, en quien en sangre,  
 ni en calidad le iguala,  
 pues es hija de un cortante,  
 por mas que sea agraciada.  
 A trueque de que la olvide,  
 contento y de buena gana  
 le daría por esposa  
 á mi querida Bernarda,  
 que estimo mas que á mi vida.  
 Admirado se quedaba,  
 pues no esperaba otra cosa,  
 y respondió sin tardanza:  
 por dichoso me tendria  
 logrando ventura tanta.  
 Conformáronse gustosos,  
 y con solo esta palabra  
 se previnieron las bodas;  
 y antes que el dia llegára,  
 le dijo el yerno: señor,  
 quisiera que me otorgara  
 una petición que pido,  
 y es, padre, de que á la usanza  
 de las Indias orientales  
 las bodas se celebraran.  
 ¿En qué manera (le dijo)  
 son las bodas? Y él contaba,

como á todos los vecinos mas cercanos de la casa donde habitaba la novia, al convite los llamaban. Por no disgustar al yerno vino bien en la demanda. Cien mil ducados en dote á su hija le señala, con muy costosos vestidos, joyas y ricas alhajas. Celebráronse las bodas con ostentacion y gala, hallándose en el banquete, padre, madre y una hermana del novio, sin saber nadie lo que en su pecho ocultaba. Y en medio de la funcion dijo el novio, que gustára le explicasen una duda; y calló sin declararla. Aguardando la propuesta, unos á otros se miraban; y entonces le dijo el suegro que la duda declarara, y verian entre todos si podian descifrarla, que con gusto probarian. Y él dijo: que lo que estaba

una vez determinado en el celestial alcazar, si en el mundo habria alguno que á deshacerlo bastara. Todos dijeron que no, y que era cosa asentada. Dijo él, pues ya que queda la verdad certificada, este es mi padre, señores, mi madre es esta, y mi hermana la que aqui veis, pues yo soy el niño á quien intentaba mi suegra que los esclavos me dieran muerte inhumana: aquestos son los pañales con que entonces me empañaban; y estos renglones tambien os explicarán la causa de mirarme en tanto triunfo, y casado con Bernarda. Sea para bien, dijeron todos allí á voces altas, vivan los novios, y vivan sus padres edades largas. Y luego todos humildes á Dios rindieron mil gracias; viviendo de allí adelante con paz y union celebrada.

**FIN.**

**V A L E N C I A .**

*Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, número 24, donde se hallarán otros diferentes titulos.*